COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 219. ¿Qué lugar ocupa la liturgia en la vida de la Iglesia?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 219 del Compendio del Catecismo: ¿Qué lugar ocupa la liturgia en la vida de la Iglesia?

(Recuerdo que estamos iniciando la segunda parte del Catecismo, que habla de la liturgia y los sacramentos. Antes de entrar a desarrollar el tema de los sacramentos, primero contextualizar lo que es la liturgia)

La liturgia, acción sagrada por excelencia, es la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la que emana su fuerza vital. A través de la liturgia, Cristo continúa en su Iglesia, con ella y por medio de ella, la obra de nuestra redención.

Para explicar cómo es el misterio de la liturgia, qué lugar ocupa en la vida de la Iglesia, aquí se echa mano de una distinción que creo que es luminosa: se dice que es, al mismo tiempo, obra de Cristo y acción de la Iglesia. Pero ¿en qué quedamos? parece que hay que optar ¿que es obra de Cristo o acción de la Iglesia? Es las dos cosas, lo cual ya nos da una imagen en la que el misterio de la Iglesia y el misterio de Jesucristo son inseparables.

Yo sé que esto choca con una visión de falta de fe, en la que muchas veces hemos escuchado “bueno, una cosa es Jesús y otra cosa es la Iglesia· o “yo creo en Jesús pero no creo en la Iglesia” o “no sé si creo en Jesús” o “yo creo a mi manera”, pero no es eso lo que se desprende de los textos sagrados y de la revelación. El misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia están íntimamente unidos y, desde luego, en pocas cosas como en la liturgia se manifiesta esa íntima unión.

La liturgia es obra de Dios y es acción de la Iglesia. Esa distinción entre obra de Dios y acción de la Iglesia es como decir: la obra en sí misma es de Dios, pero es verdad que la hace a través de la Iglesia. Es como que la Iglesia lleva a cabo la acción litúrgica: es como si fuesen las manos, los dedos de un pianista, las manos de alguien que bendice, los pies de alguien que camina por el mundo. La Iglesia es las manos de Dios, los pies de Dios, los dedos de ese pianista (repito la imagen para ayudarnos a reflexionar).

Y al mismo tiempo dice que es «acción sagrada». La Iglesia es consciente de que esto es una acción sagrada. La Iglesia no está, en el campo litúrgico, como quien está en un campo en el que ella misma es la inventora. La Iglesia no es la inventora de la liturgia; está en un terreno sagrado, en un terreno que es de Dios, y tiene una consciencia de que tiene que tener un gran sentido de lo sagrado. Porque la Iglesia no es la que inventa, no da a luz la liturgia; más bien es la liturgia la que da a luz la Iglesia, que es

distinto. Está pisando un terreno sagrado y procura hacerlo con el máximo respeto, con la máxima conciencia de indignidad.

Por eso nos suena la palabra «sacrilegio». Si sabemos que es una acción sagrada, hay que tener el respeto suficiente para no actuar de manera sacrílega, es decir, de manera irrespetuosa hacia lo que es la presencia de Dios en la liturgia. Tenemos, por lo tanto, un gran sentido de respeto, una conciencia de no ser dignos de estar allí presentes, pero sin embargo el Señor nos invita a participar de la liturgia.

Y dice este punto 219 que estamos comentando, que la liturgia es, al mismo tiempo, **cumbre** a la que tiende la Iglesia y es la **fuente** de la que emana nuestra vida. Es cumbre y fuente.

Cumbre porque ¿cuál es la meta de nuestra vida? La meta de nuestra vida es el cielo; es una liturgia eterna, es alabar a Dios. Bien sabemos que ha habido otras religiones, especialmente el Islam, que han representado el cielo como un gran banquete en el que se alcanza esa gloria rodeado, de alguna manera, de todo tipo de placeres humanos, tanto en la comida como de todo estilo. Pero no es así como el cristianismo ha representado la vida eterna; la ha representado como una gran liturgia de alabanza, como un lugar en el que se alaba a Dios, en el que se nos queda corta la eternidad para decir ¡qué grande es Dios! ¡qué bueno es Dios!». Eso es una continua alabanza.

Pero hay quien no entiende el misterio. Recuerdo que, siendo adolescente, cuando en un contexto determinado anuncié que me iba al seminario, recuerdo que una señora, obviamente no muy cercana a la vida de la Iglesia, me dijo “pero no te aburre un poco eso de estar siempre ahí alabando a Dios? pero ¡qué aburrido será el cielo estando allí siempre cantando gregoriano!”. Me acuerdo que me decía eso. Era consciente de que quien me decía tal cosa no tenía la experiencia de lo que era la alabanza divina. Si la meta del hombre es alabar a Dios, eso es un gozo y una alegría inmensa: ver a Dios y alabarle. Esa es la liturgia eterna, esa es la meta del hombre. Quien piense que eso es aburrido o que es monótono o rutinario es que no ha tenido la experiencia de conocer la grandeza de Dios, de sentirse estremecido por ella, impresionado por ella, y sentir la necesidad de alabar a Dios. Nuestra meta es esa liturgia eterna.

De esta manera es la cumbre, nuestra meta, pero también es la **fuente**. Dice: «La liturgia es la fuente de la vida de la Iglesia, es la fuerza vital» porque vivimos de ella, nos alimentamos de la liturgia. Recuerdo un testimonio de Madre Teresa de Calcuta en el que le preguntaban cómo era capaz y de dónde sacaba las fuerzas para poder, durante todo el día, desgastarse recogiendo a los leprosos, a los últimos de los últimos, a los más pobres de los más pobres, a los que este mundo rechaza e incluso siente asco hacia la pobreza más extrema como es la lepra y otros males...se le preguntaba ¿de dónde sacaba esa fuerza? Ella no dudó en responder y dijo: «Pues de la Eucaristía», «Me alimento del don de Dios recibido en la liturgia».

De ella sacamos nuestra fuerza. La liturgia es cumbre y la liturgia es fuente que alimenta nuestra vida.